

DaBAR



Ciclo
A

3 de abril de 2026
Viernes Santo

nº
24

Año LII





Índice

Via Crucis

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Via Crucis

Anunciar la buena noticia del Reino de Dios para los pobres y oprimidos no fue indoloro para Jesús, lo pagó con su muerte, y una muerte en cruz, Y a nosotros nos cuesta seguirle, sin tener que pagar un precio tan alto, pero queremos seguirle. Queremos hoy caminar con Jesús hacia Jerusalén.

Jesús conoce el poder del mal y de la mala gente. Sabía lo que le iba a venir encima, no es un buenista, ni un optimista, va preparando a sus discípulos para ello. Preparar para ese dolor, es algo que brota de su misericordia, en su hora más baja, en lugar de centrarse en sí mismo tuvo en cuenta cómo ellos vivirían ese amargo cáliz que el mal preparó para eliminarlo y desacreditarlo, para borrarlo de la historia como un pobre fracasado y perdedor. Pero su Abba siempre supera al mal, lo desacredita, es por ello que no hay nombre más grande en toda la historia de la humanidad. Será ensalzado sobre todo nombre y hombre. Jesús cuida de los suyos, Dios cuidará de Jesús.

Plenamente humano, también en esta hora del dolor, se le unió al dolor físico, el del abandono de los suyos por la incomprensión, él que había procurado que no le llegaría como jarra de agua fría, que supieran estar y ser en esa hora... todo se tambalea cuando el miedo puede más que la fe.

Antes del combate, trató de alimentar las fuerzas que tenía, recordando todos los momentos, guardados en sus recuerdos, en lo que su Abba le había sostenido, le había dado luz, consuelo, calma, e incluso poder para luchar contra tormentas!

Hoy, en este vía crucis, estamos dispuestos Jesús a escuchar tus palabras que nos preparan para el dolor y el abandono, para el fracaso y la incomprensión, queremos entenderte, conocer cuánto de grano de mostaza hay en ese aparente fracaso, cuándo la incomprensión que otros nos demuestran, tiene que ver con su resistencia a hacer el bien y practicar la justicia.

Con la boca muy pequeña, tú nos conoces, susurrarnos que queremos acompañarte en este trago amargo de tu vida, Señor, Jesús, aún como tus amigos íntimos, sin entender mucho hacia donde vamos.

PRIMERA ESTACIÓN: Jesús es renegado por Pedro

Del Evangelio según Lucas, 22, 54-62

Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos. Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «Éste también estaba con él». Pero él lo negó: «¡Mujer, no le conozco!». Poco después, otro, viéndole, dijo: «Tú también eres uno de ellos». Pedro dijo: «¡Hombre, no lo soy!». Pasada como una hora, otro aseguraba: «Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo». Le dijo Pedro: «¡Hombre, no sé de qué hablas!» Y en aquel momento, estando aun hablando, cantó un gallo, y Jesús se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces». Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.

MEDITACIÓN

Pedro, ponte detrás de mí, tus pensamientos no son de Dios... Le había dicho hacía poco, cuando al explicar que Jesús que tenía que sufrir, Pedro le había reprendido aparte, con cariño, por decir esas bobadas... Jesús, en cambio, no bromea, se enfada, no es cómo crees, haz el favor, querido amigo, escúchame y entiéndeme, ponte, detrás de mí... no dejes que satanás te dirija, te hable de poder y reconocimiento...

Pero sus pensamientos y sus miedos siguieron siendo de este mundo, como los nuestros. No dejes de susurrarnos, amigo, y de perdonar nuestros pensamientos y miedos, nuestra poca fe, nuestras negaciones, verbales, en hechos, en silencios... Jesús, vuélvete y mirándome, no me abandone en



la noche en que reconozco mi traición, la pequeñez de mi amor, secan con tus manos suaves mis lágrimas de arrepentimiento, de impotencia, de rabia ante nuestras incoherencias, no nos apartes tu mirada...



SEGUNDA ESTACIÓN: "Jesús es condenado a muerte"

Del evangelio según Mateo 26, 62-66

Entonces, se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?» Pero Jesús seguía callado. El Sumo Sacerdote le dijo: «Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Dice Jesús: «Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo». Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos y dijo: «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?». Respondieron ellos diciendo: «Es reo de muerte».

MEDITACIÓN

Tú lo has dicho. Soy el hijo del hombre. Y a partir de ahora me veréis sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. Conviértete y haz el bien, todavía estás a tiempo, hermano, abandona el camino de la injusticia. Pero no hay conversión, hay un grito triunfante: ¡Blasfemo! ¡matémosle!

¡Señor, ayúdanos a respetar los silencios, los procesos lentos, a quienes no quieren defenderse, explicar! Las personas no nos deben su relato, su versión, ni explicaciones sobre quiénes son y porque han hecho algo... no les condenemos porque sus explicaciones no nos satisfacen.

TERCERA ESTACIÓN: QUINTA ESTACIÓN: Jesús es juzgado por Pilato

Del evangelio según Lucas 23, 22-25

Por tercera vez les dijo: «Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré». Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

MEDITACIÓN

Decía Nelson Mandela, que el mal ocurre porque hay mucha gente buena mirando hacia otro lado... hay tantos Pilatos, tanta gente que intuye, pero no se atreve a salirse de lo que la mayoría dice y hace... a veces nosotros mismos somos tan pilatos...

Señor, danos el valor de no mirar hacia otro lado ante el mal, de no pasar de largo, de no pensar nunca esto no va conmigo... la crítica, la violencia, el rechazo, la discriminación, la búsqueda de complicidad y refuerzo del malvado,... no son neutrales, necesitan que nos posicionemos. ¡ayúdanos Padre!

CUARTA ESTACIÓN: "Jesús carga con la cruz"

Del evangelio según Lucas 22,63-65

Los hombres que habían detenido a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban y, tapándole los ojos, le decían: «¡Adivina!, ¿quién te pegó?». Y le gritaban toda clase de insultos.

MEDITACIÓN

Burlarse, golpearle, taparle los ojos a modo de juego. ¿por qué tanta brutalidad con el desvalido? ¿Qué satisfacción se encuentra en eso? ¿qué corazón tan duro puede divertirse ante el sufrimiento de otro ser humano?

Señor, que nunca nos burlemos de la violencia, física, psicológica, verbal,... que no seamos actores pero tampoco espectadores de cualquier violencia, que nunca la minusvaloremos, que entendamos que pueda hacer mucho daño a la persona y su estima, por pequeña que pueda parecerse.

QUINTA ESTACIÓN: Jesús es ayudado por el Cireneo a llevar la Cruz

Del Evangelio según Lucas 23, 26

Cuando le llevaban los soldados, echaron mano de Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús.

MEDITACIÓN

A veces somos cirineos, simplemente pasábamos por allí y casi nos vemos forzados a hacer algo, a implicarnos, a reconocer la dignidad herida.

Señor, si se da el caso, danos fuerza para ser cirineos, que sintamos las manos de tu Espíritu empujándonos, para cargar un trozo del camino, por breve que sea, con la cruz de otro... sabiendo que no es propia, sabiendo que es poco, imaginando el agradecimiento de los ojos de Jesús, su mirada de aliento, su respiración cogiendo fuerza, su brillo alegre al sentir la ayuda, cómo la mirada de Jesús se posa en la Simón, cómo escucha sus pasos tras el y cómo le duele que tenga que llevarla, a la vez que pide a su Abba, que sean muchos los que como este hombre carguen con la cruz de otros...

SEXTA ESTACIÓN: Jesús cae por segunda vez bajo el peso de la cruz

Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados. Pedro 2, 24

MEDITACIÓN

Mientras avanza por la estrecha vía del Calvario, Jesús cae por segunda vez. Entendemos su debilidad física, tras una terrible noche, después de las torturas que le han infligido. Tal vez no son sólo las vejaciones, el agotamiento y el peso de la cruz en sus espaldas lo que le hace caer. Sobre Jesús pesa una carga que no se puede medir, algo íntimo y profundo que se hace sentir más netamente a cada paso.

Jesús, tú también estabas cansado, comprendes nuestro cansancio, no solo el físico, y nos tiendes la mano, tú nos levantas, podemos confiar en tus fuerzas, en tus heridas fueron curadas las nuestras, ayúdanos a entenderlo y vivirlo... y a vivir para la justicia

SÉPTIMA ESTACIÓN: Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén

Del Evangelio según Lucas, 23, 27-28

Seguía a Jesús una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos».

MEDITACIÓN

Ante las mujeres en lágrimas, Jesús se vuelve hacia ellas, las reconoce a pesar de su propio sufrimiento. A pesar de lo que hemos avanzado, las mujeres no reciben un trato justo, siguen siendo cosificadas, hipersexualizadas, violentadas en su dignidad e integridad física, no reconocidas como personas iguales con capacidad para aportar. La violencia puede ser física, emocional, psicológica, económico o sexualmente, muchas veces por su propia familia.

Señor, no dejes que cada uno de nosotros y como comunidad miremos nunca para otro lado ante el dolor de las mujeres.

OCTAVA ESTACIÓN: Jesús es crucificado

Del Evangelio según Lucas, 23, 33-37 y según Mateo, 27, 46

Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.» Se repartieron sus vestidos, echando a suertes. Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido». También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: «Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!».

Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: «¡Eli, Eli! ¿lemá sabactani?», esto es, «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?».



MEDITACIÓN

Los sufrimientos de Jesús llegan a su culmen, expresa en un grito su humanidad, ¡Se siente abandonado! Jesús se dirigió al padre con un grito (Salmo 21). Cuando le ocurre algo a un israelita: enfermedad, sufrimiento, persecución, desgracia de cualquier tipo... no levanta una muralla a Dios, sino que se dirige a él, su oración se vuelve lamento, queja, protesta o súplica. Cuando la angustia nos oprime, orar es decirle a Dios: mírame, Dios mío, no me abandones...

¿Tienes motivos para quejarte a Dios? Mira tu propia vida, sácalos a la luz de tu conciencia, nómbralos y ponlos ante el Señor. Déjalos a los pies de su cruz, ofréceselos a Dios.

Pero tú Señor no te quedes lejos,
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. (Salmo 21)

NOVENA ESTACIÓN: Jesús promete su Reino al buen ladrón

Del Evangelio según Lucas, 23, 39-43

Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues isálvate a ti y a nosotros!». Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino». Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

MEDITACIÓN

Es una oración preciosa: Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino...

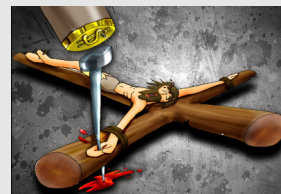
Que nos habla de la bondad y la belleza que sigue existiendo en personas que han obrado mal, que son capaces de reconocer que han hecho el mal, y de ver en Jesús todo lo injusto que cayó sobre él, muchos de sus discípulos huyeron por miedo, y ahí a su lado, en esa cruz, encuentra un compañero, alguien que le cree y cree en él. Alguien que todavía tenía la capacidad de descubrir la presencia del Espíritu en su interior para reconoce al mismo rostro de Dios en ese hombre demacrado y maltratado, sufriente y humillado. No pide pruebas, el buen ladrón... y es capaz de ir contracorriente, contra las burlas y mofas de los soldados y contra la petición del otro crucificado.

Unámonos todos a su oración: Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino...

DÉCIMA ESTACIÓN: "Jesús es clavado en la cruz"

Del Evangelio según Lucas 23,34

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"



MEDITACIÓN

Jesús perdona a sus asesinos y solicita perdón por ellos a Dios. No hay amor tan grande, verdaderamente... a nosotros nos cuesta perdonar las pequeñas ofensas que recibimos, las traiciones, si cuchichean a nuestras espaldas o nos cuestionan de frente, si percibimos alguna burla... contemplamos con admiración el corazón de Jesús, capaz de perdonarlo todo...

Jesús, queremos acercándonos a ti, lo más posible, para hacer más nuestro tu modo de vivir, entregarte y perdonar, que la cercanía contigo pueda transfigurarnos y ser capaces de llegar a sentir, que hasta en el corazón de los malvados no hay tanto mal, que no son plenamente conscientes del mal que hacen, que han recibido mucho mal.

UNDÉCIMA ESTACIÓN: "Jesús muere en la cruz"

Del Evangelio según Marcos 15,34

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

MEDITACIÓN

La salvación del mundo, el amor sin medida, fue clavada en un madero, herida de muerte, rechazada, humillada, juzgada por intereses egoístas y malvados, perseguida y tratada injustamente...

Hoy siguen existiendo asesinatos, amenazas, imponiendo fuerza, generando guerras y enfrentamientos, se siguen vulnerando derechos... para nuestro horror y el del Dios de Jesús.



Dios nuestro, te pedimos hoy por todas las personas crucificadas, por la poca humanidad que demuestran algunos poderosos, los violentos, los agresores... y por cómo se viven abandonadas las víctimas de tantas guerras y tanta violencia, de tanta crueldad que lesiona sus vidas, convirtiéndolas en personas heridas para toda su vida, que no siempre logran reconstruirse.

Jesús, muéstranos sus nombres, que sus violencias no sean invisibles, hoy las hacemos aquí presentes, para que nuestro corazón se encoja un poco ante tantas personas que sufren pensando que hasta el mismo Dios les ha abandonado. Sabemos que no es así, tampoco nosotros queremos abandonarlas, queremos vivir sabiendo que existen y llevándolas un poco en nuestro corazón.



DUODÉCIMA ESTACIÓN: "Jesús es bajado de la cruz y puesto en los brazos de su madre".

Del Evangelio según Juan 19, 26-29 " Junto a la cruz de Jesús estaba su madre... Al verla a ella y, junto a ella, al discípulo que tanto amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo...Y dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre...

MEDITACIÓN

Nuevamente, Jesús descentrado, preocupándose por otra persona. Preparó a sus discípulos para vivir su crucifixión, en la misma cruz, es capaz de ver a su madre, de vivir su sufrimiento, sentir esa espada que le atraviesa el corazón, y quiere de alguna manera mitigarlo. Ve también a Juan, que ha permanecido fiel, por amor, y quiere cuidar también de él, sabe que tiene madre, pero quiere que cuide y se deje cuidar por la suya. Madre cuida a mi amigo. Amigo cuida a mi madre. Cuidaros los unos a los otros, como yo os he cuidado. Porque amar es cuidar. Porque en medio del sufrimiento de la muerte, ser cuidado reduce el impacto, cuidar da sentido para salir del bucle del sufrimiento.

Jesús, ayúdanos a no vivir pendientes solo de nuestro dolor, encorvados hacia nosotros mismos, autorreferenciales, ayúdanos a dejarnos cuidar, acompañar, a recibir el bálsamo de la presencia de otros sobre nuestro dolor, ayúdanos a cuidar a otros aun en medio de nuestro dolor.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN: "Jesús es colocado en el sepulcro".

Del Evangelio según Marcos, 15, 46 "José de Arimatea, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro.

MEDITACIÓN

Como José podemos hacer algo, por pequeño que sea, que puede ser significativo, comprar una sábana, bajarlo de una cruz, envolver su cuerpo en él, ponerlo en un sepulcro. Algo que quizás no evita el sufrimiento, pero lo dignifica, lo acompaña, deja que se exprese, lo atiende en lo que necesita, nos hace salir al encuentro, pensar qué es lo que realmente necesita, qué puedo hacer...

Jesús, ayúdanos a ser como José de Arimatea, un pequeño héroe silencioso, que no logró salvarte la vida, que no te evitó las calumnias, ni los latigazos, que no puedo contra la masa, pero que supo pensar que al menos debías descansar en un sepulcro, que te bajó de esa cruz de escarnio y te llevo a un sitio a descansar, que tocó tu cuerpo y lo envolvió, que hizo rodar una piedra para ocultarlo y que nadie siguiera mancillando tu cuerpo y tu nombre.



DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN: Jesús resucita de la muerte

Del Evangelio según Mateo (Mt 28, 1-7) En la madrugada del sábado, al alborar del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: "Vosotras, no temáis. Ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id a prisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis". Mirad, os lo he anunciado.

MEDITACIÓN

Estas mujeres sufrientes, no dejan de pensar que el cuerpo de Jesús necesita ser perfumado, que deben realizarse con él los ritos de muerte de los judíos, que todavía muerto el maestro necesita de ellas, también ellas quieren despedirse, quieren tocarlo muerto, para saber que es él, que ha pasado, pues su corazón y su cabeza todavía no se cree los últimos acontecimientos...

Ellas quieren seguir cuidando de él, pero él ya no está... os lo dijo, lo recordáis, después de este tormento, al tercer día resucitaré...

Y ahora sí, podemos nacer de nuevo, del Espíritu de Dios, el que Él nos dejó para guiar nuestros pasos hacia sus caminos, para buscar sus huellas en las decisiones, para olfatear el aroma del reino, la sinfonía de Dios que nos hace avanzar hacia su música que nos habla de cielos nuevos y una tierra nueva.

No nos quiere en el sepulcro, va por delante a Galilea, ¡Dios está en la vida cotidiana! En el trabajo, la familia, los amigos, en qué hacer en mi tiempo libre, en cómo compartir mi dinero en lugar de ahorrarlo para mí, de qué esperar de la vida, de cómo dejarnos querer por Dios, de cómo construir su proyecto sanador... va por delante, nos espera, puede pasar a nuestro lado y sino entrenamos la mirada, conocemos el evangelio, pasará sin que lo veamos... ¡podemos verlo! ¡está vivo!!!

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Este texto de hoy pertenece a la fase final del Deutero-Isaías (Is 40-55), escrita en los últimos años del exilio babilónico (c. 540 a.C.). Su lenguaje alcanza una densidad teológica sin comparativos en el A. T., fusionando el destino del profeta anónimo, el destino del pueblo fiel (el resto de Israel) y abriendo horizontes de significado que la tradición cristiana recogerá como cristológicos.

Texto. De nuevo, nos encontramos con una estructura quiástica:

Comenzamos con un prólogo, compuesto por una paradoja divina en la que Dios afirma desde el inicio el éxito final de la misión, pero recorriendo un camino inverso al de la lógica humana. El sufrimiento extremo deshumaniza al siervo y su exaltación tiene un efecto purificador sobre las naciones.

Los tres primeros versículos del cap. 53 recogen el rechazo humano ante un mensaje inaudito, usando imágenes de vida frágil, como contrapunto al “renuevo de Jesé” (Is 11,1). Incluso el sufrimiento al que es sometido el Siervo no es solo físico, también se le aísla socialmente, se produce una exclusión relacional.

Los vv. 4-6 nos revelan el sentido vicario del sufrimiento del Siervo. La comunidad reconoce su error, habían interpretado su sufrimiento como castigo divino, cuando, en realidad, era solidaridad con las dolencias del propio pueblo. Toda la violencia recae sobre el Siervo, pero lo hace por nosotros, la paz integral, la sanidad llega a través de sus heridas. La imagen del desvío y la carga nos llevan a las ovejas errantes y la culpa colectiva que culmina la teología de la sustitución.

La pasividad del Siervo de los vv. 7-9, la podemos apreciar en imágenes como el cordero llevado al matadero, que pone de manifiesto la inocencia y la no resistencia, no se trata de una pasividad débil, sino de una entrega activa. También se pone de manifiesto en la injusticia procesal recogida y en la humillación post-mortem, al ser condenado con delincuentes.

Cierra el relato la voluntad divina y la recompensa, los vv. 10-12. Puede que una de las frases más duras de la literatura profética, el sufrimiento del Siervo forma parte del designio divino, no se trata de sadismo, sino de un misterioso camino de vida. El siervo es la ofrenda de expiación («asham»), él se convierte en ofrenda que reconcilia. Es cierto, que no nos habla de resurrección de forma expresa, pero sí que se insinúa con un lenguaje metafórico en: “verá descendencia... alargará sus días...”. Una entrega que le vale que Dios mismo reivindique al humillado, la exaltación es la respuesta divina a la entrega.

Seguramente, el Siervo estuviese representando al “resto fiel de Israel” que sufría el exilio, podía incluso hundir sus raíces en la experiencia de los profetas perseguidos o en la figura del rey justo sufriente.



Pretexto. Desde el origen del cristianismo, hemos identificado al Siervo con Jesús. Este cántico del siervo doliente rompe con la doctrina retributiva tradicional, el castigo ya no es fruto del pecado personal, nos introduce en la idea del sufrimiento inocente con valor redentor para nosotros. El cántico sirve de modelo a san Pablo para crear su cántico (Flp 2, 6-11), pasa de la humillación extrema a la exaltación soberana. Como cristianos de hoy, el Viernes santo está unido esencialmente a la Pascua, son inseparables, nos anticipa la victoria de la noche de Pascua. Los santos Padres vieron en las llagas de Cristo, las fuentes de los sacramentos, en especial, de Bautismo y la Eucaristía. La sangre y el agua del costado (Jn 19, 34) están dando cumplimiento a la profecía del Siervo. En este mundo que evita el sufrimiento y las víctimas inocentes son ignoradas el texto nos enseña que la figura del Siervo desfigurado cuestiona nuestros ideales de belleza y que Dios se revela en la debilidad (1Cor 1,25). También nos dice que podemos encontrarnos con quienes cargan con cruces no elegidas (enfermedad, duelo, fracaso...), el Siervo nos muestra que ese dolor, unido al de Cristo, puede tener un sentido fecundo en el misterioso plan de Dios. Es la redención por el dolor, la redención del dolor.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

El capítulo cuarto de Hebreos acaba con un comentario al salmo 95 y la referencia a la Palabra de Dios, que siempre es eficaz para anunciar la salvación y conocer el corazón del hombre. Jesús, que es la Palabra de Dios, es también el sacerdote misericordioso que nos comprende y ayuda.

Se califica a Jesús como Hijo de Dios y sumo sacerdote, un sumo sacerdote “que ha penetrado en los cielos” (4,14). Como el sumo sacerdote judío entraba en el santísimo del templo, Jesús lo hace en el cielo para llegar hasta Dios y ejercer desde allí su función. Con esto se dice que el lugar apropiado de Jesús para ejercer su ministerio es el cielo, lo cual le da una mayor importancia como sacerdote que la que tiene el sacerdocio levítico.

Pero se aclara, enseguida, que esto no es motivo para que Jesús esté alejado de nosotros. Sabe que somos débiles porque él también fue como nosotros y participó de nuestra naturaleza humana y tuvo nuestras tentaciones, aunque no se sometió a ellas. Por eso él puede “compadecerse de nuestras flaquezas”, ya que las ha experimentado todas “excepto el pecado” (v. 15).

Esta observación es única dentro del Nuevo Testamento. En los sinópticos se dice que Jesús superó las tentaciones, pero no que Jesús estaba amenazado continuamente por el pecado. De esta forma, el autor de Hebreos nos viene a decir que Jesús, como sumo sacerdote ha experimentado todas nuestras flaquezas, por lo que nos conoce y sabe cómo somos y, por otra parte, él las ha superado y es inocente frente a Dios, por todo esto nos puede acercar a Dios.

De esta forma, nos podemos acercar “con confianza al trono de la gracia”. Allí podemos recibir el perdón de nuestros pecados. Gracias a Jesús podemos estar en comunión con Dios y tenemos acceso a él (v. 16).

De aquí pasamos al final del capítulo quinto. Leemos hoy sus últimos versículos (vv. 7-9). Aquí, Jesús muestra cómo el sumo sacerdocio es algo más que un ministerio humano, es una entrega a la voluntad de Dios que llega hasta la Pasión.

Jesús no aprovecha su posición privilegiada, sino que se resistió a aceptar esta dignidad. Pero aceptó la voluntad de Dios que le condujo a consumir su oficio como sumo sacerdote: sufrir para nuestra salvación. Así, en 5,7 se piensa en la escena de Getsemaní.

Jesús también aprendió el sufrimiento a través de la obediencia. Paso a paso luchó contra el sufrimiento de forma obediente y esto llegó a su punto más culminante en la cruz (v. 8). Y una vez alcanzada la perfección a través de este camino, “se hizo causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (v. 9).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Año tras año, comentamos este texto. En esta ocasión propongo una división de este en tres partes: Jesús se entrega a los judíos (18, 1-27); los judíos entregan a Jesús a los paganos (18, 28-19,22); y, finalmente, Jesús se entrega al Padre (19, 23-42).

Texto

Jesús se entrega a los judíos (18, 1-27).

Es el primer acto de la pasión y lo componen el arresto, el juicio ante el sumo sacerdote y la negación de Pedro. El primero es el que marca el tono del relato, mientras que los otros dos se entremezclan, sucediendo al mismo tiempo, contrastando el comportamiento de Jesús y el del discípulo. Ante Anás, Jesús aparece majestuoso y, aunque maniatado, el interrogado es Caifás, no Jesús. En el lado contrario, Pedro niega hasta tres veces cumpliendo la profecía de Jesús. El final de la secuencia es la orden de entrega a Pilato.

Jesús se deja arrestar (1-12).

El lugar donde Jesús fue arrestado nos lo aporta la tradición sinóptica. Juan nos relata la agonía desde la voluntariedad y el dolor. En el prendimiento se subraya la conformidad de Jesús con los designios del Padre: se niega a ser defendido violentamente y ve en ello el cumplimiento de las Escrituras. Juan recoge algunos datos de la tradición, pero modifica la estructura del relato respecto de los sinópticos. No es Judas el que toma la iniciativa con una señal, es él mismo quien por tres veces dice que es él a quien buscan («Yo soy»). Jesús es el pastor que da la vida para salvar a sus ovejas, protege a sus discípulos y también cumple la Escritura. Manifiesta su comunión con el Padre, de forma que el foco de la acción se traslada del prendimiento a dejarse prender, se entrega a la muerte (Is 53,12). Su acto libre se convertirá, por la acción de Dios, en fuerza de salvación y, para Jesús, la entrada definitiva en la gloria.

Frente al sumo sacerdote (13-27).

Después de la transición de los vv. 13-14 se nos presentan dos escenas que la tradición sinóptica relaciona en tiempo y lugar, la negación de Pedro (15-18.25-27) y la comparecencia ante el sumo sacerdote (19-24). En Juan el vínculo entre el interrogatorio y las negaciones es más estrecho que en los sinópticos. El relato de la negación se interrumpe para intercalar el relato de Caifás. Anás es un personaje que ignoran los sinópticos y otra discordancia es que el interrogatorio no se lleva a cabo ante el sanedrín sino ante el sumo sacerdote en su casa, reflejando así la cristología del autor. En esta narración se siguen más disposiciones procesales que en los sinópticos y se le cuestiona sobre sus seguidores y lo que enseña. La respuesta de Jesús es obvia, nunca se escondió, enseñaba en la calle, en las plazas, en las sinagogas, en el templo.

Pedro niega a Jesús (18,15.25-27).

Este es un hecho que narran los cuatro evangelistas. Hay autores que nos plantean si las negaciones son de Pedro o si, de nuevo, Pedro no es más que la personificación del abandono de los discípulos. El análisis nos hace pensar en la historicidad del hecho. Las negaciones de Pedro contrastan con las tres afirmaciones de Jesús en Getsemaní, Juan nos confronta ambas situaciones. También contrapone la actitud de Pedro con el comportamiento de Jesús ante Anás.

Jesús es entregado a los romanos (18, 28-19, 22).

Jesús es entregado al prefecto romano de Judea. El relato del proceso romano conserva el fondo histórico y elementos narrativos tradicionales. El relato de Juan es una obra original, solo Juan recoge la fecha del proceso, «la víspera de la pascua» (18, 28. 39; 19,14). La pascua celebra la liberación de los esclavos en Egipto y la pasión del Hijo libera a los hombres sometidos al Príncipe



del mundo. La flagelación aparece anticipada por razones narrativas, incluso la carga de la cruz tiene un valor simbólico. Juan resalta la idea de la realeza de Jesús.

Jesús entregado al poder romano (18, 28-32).

La escena inicial de este acto recoge la trama del drama. La entrega de Jesús al poder romano origina un primer diálogo entre Pilato y los sumos sacerdotes que revela sus intenciones de condenarlo a muerte, como la condena depende del prefecto, buscan su crucifixión. Juan nos recuerda que así se cumplirá el anuncio que Jesús había hecho sobre cómo habría de morir. En esta escena se nota la relación conflictiva de Pilato con los sumos sacerdotes (12,32-33 cfr. 8. 28).

La realeza de Jesús (18, 33-38).

En privado, Pilato interroga a Jesús, algo prácticamente imposible en un proceso histórico, puesto que no era ciudadano romano. Su primera pregunta está fundamentada en el *titulum crucis*. En el período romano, la esperanza mesiánica se mezclaba con el anhelo de independencia. Jesús se defiende trasladando la pregunta sobre de dónde viene la acusación. Pilato se desentiende diciéndole que no es judío, que no se mete en esos temas. Al preguntar sobre lo que ha hecho, Jesús contesta con el tema de la realeza. Pero no se trata de una realeza terrena, es rey de un reino distinto, del de arriba. Jesús explica cómo entiende él esta realeza en los vv. 37-38 retro trayéndonos a otros varios pasajes (3,11; 1,7; 5,33; 3,31-33; 8,31-32) de forma que su reino es por su palabra y su presencia, no por nada escatológico. Pilato acaba cuestionándose sobre la verdad.

Jesús y Barrabás (18, 38-40).

En el relato de Juan, Pilato parece querer amnistiar a Jesús, pero solo guiado por su instinto político, no por convicción ni por justicia. Busca la confrontación con los sumos sacerdotes.

Jesús flagelado y coronado (19, 1-3).

Cambiamos de capítulo, del contexto deducimos que Pilato regresa al pretorio y «tomó a Jesús», lo que implica cierta violencia y lo hace azotar, lo que tras el intento de amnistía parece contradictorio. En contra de Mateo y Marcos, que la flagelación es posterior a la condena a crucifixión, en Juan es previa. De hecho, la palabra que Juan usa para la flagelación es la misma que usó Isaías en el Siervo doliente. La coronación y la vestidura púrpura una burla con escenografía regia, aunque Juan omite algunos detalles humillantes. Todo en función de presentarnos el abajamiento de Jesús.

Ecce Homo! (19, 4-8).

Una nueva maniobra política de Pilato. Presenta ante el pueblo y los sacerdotes a Jesús, aún llevando las insignias reales, intentando moverles a la compasión tras el duro castigo y consciente del deseo de los sacerdotes pretende burlarse de la suficiencia de los dirigentes judíos. En la escena, Pilato está ridiculizando las esperanzas mesiánicas con sarcasmo. Las referencias veterotestamentarias son innegables (Is 53,3; Zac 6,12-13; Núm 24). El término «hombre» se contrapone al título de Hijo de Dios (19,7), en alusión a la encarnación de Logos (1,1-18), y al de rey (19,14; cfr. 1Sam 9,16).

Responsabilidad (19, 9-12).

Segundo diálogo de Pilato con Jesús. Juan aborda el problema del contraste entre el origen divino de Jesús y la suerte que correrá en este mundo el Testigo de la verdad. Los dirigentes judíos son los que han entregado a Jesús, sobre ellos recae la responsabilidad. Hay que destacar el cambio de papeles entre Jesús y Pilato, entre acusado y juez, que pasa a ser el inculcado por Jesús.

Jesús es entregado para ser crucificado (19, 12-16).

Los judíos perciben que Pilato se está ablandando y quiere poner a Jesús en libertad, se presupone que Pilato sale a hablar con ellos. Visto que el prefecto no se sometía a la ley judía, invocan la romana, y da resultado. Jesús sale al pretorio coronado de espinas y revestido de púrpura. Pilato se dispone



a concluir, se sienta en el tribunal. Juan nos hace ver la solemnidad del acto citando el lugar junto al pretorio en griego y hebreo, también nos da con exactitud el momento de los hechos, víspera de pascua, 14 de Nisán, y la hora, el mediodía. El dato nos habla de la duración del proceso, que había comenzado esa misma mañana, y acentúa la dimensión pascual, ya que a esa hora comenzaba el sacrificio de los corderos para la pascua en el templo (cfr. Ex 12,6). Pilato no condena, simplemente, confirma el objeto de la acusación. Pilato continúa provocando al gentío. La respuesta del pueblo es sorprendente, porque niega la soberanía divina, supone renegar de su fe judía, reniegan de la esperanza mesiánica. Pilato entrega a Jesús para ser crucificado, el texto dice que lo entrega a los sacerdotes, pero se lo entrega a los romanos encargados de la ejecución, pero intenta subrayar la responsabilidad de los dirigentes judíos en la condena. Pero se mantiene la responsabilidad de Pilato, recogida en 19,11 de boca de Jesús.

Jesús es crucificado (19, 17-22).

Cambia la perspectiva del relato, de nuevo es Jesús el que hace fluir la acción. Emprende el camino al Gólgota de forma que el que ha salido de Dios vuelve libremente al Padre. Algunos santos Padres quisieron ver en esta imagen una alusión a Isaac cargando con la leña para el holocausto (Gén 22,6) y acuden a nuestras cabezas las palabras de Jesús: «Yo pongo mi propia vida...» (10, 17-18), resaltando la perspectiva cristológica a la que los cristianos deben unirse (13, 33.36). De nuevo, Juan realza la solemnidad del momento dando los nombres del lugar de ejecución en griego y arameo. El uso del verbo crucificar en 3ª pl. basta para narrar el horrible acto. Era normal que el "titulum" recogiese el motivo de la condena para intimidar y advertir de lo que sucede a quienes cometen ese delito. De ahí la importancia que le otorga Juan, que se centra en la discusión sobre la inscripción en todas las lenguas del Imperio y la propia del pueblo, cargando las tintas en la identidad mesiánica del crucificado. La negativa de Pilato a modificar la inscripción es una nueva confrontación con los dirigentes judíos.

Jesús se entrega al Padre (19, 23-42).

Jesús está clavado en la cruz. Se han acabado las burlas. El Señor es el dueño de esta etapa de su vida terrena. La atención se centra en el crucificado, en la muerte de Jesús (28-30), dos escenas antes y dos después.

El reparto de los vestidos (19, 23-24).

Era costumbre que los vestidos se los quedasen, por derecho, los verdugos. El detalle profetizado por el Sal 22, 19 es, en Juan, más detallado, se reparten los vestidos y se centra la túnica, que representa la dignidad de la persona en contraste con la desnudez vergonzosa, simbolizando la integridad del cuerpo del crucificado por encima de la muerte.

Jesús, su madre y el discípulo amado (19, 24-27).

La madre, ausente en los sinópticos, cobra en Juan una importancia relevante. Su presencia, junto a la del discípulo, suponen, más que la emoción y el llanto, la fidelidad y la esperanza, frente a los que han abandonado a Jesús. El sentido es evidente, Jesús, antes de morir, quiere asegurar el sustento de su madre. Aunque la razón debe ser más profunda, obviamente el relato es un reverso simbólico del texto de las bodas de Caná, situado al comienzo del evangelio, ya que son las dos únicas ocasiones en las que aparece María en la obra joánica. Ahí Jesús le dijo que aún no había llegado su hora (2, 4) y aquí ha llegado y se está cumpliendo esa hora. Ambos personajes son interpelados por Jesús. Al margen de las diferentes interpretaciones, como ver una forma de adopción jurídica (cfr. Sal 2, 7) o una fórmula de revelación sobre la identidad, se han adjudicado diferentes simbologías a los personajes, identificando al discípulo como garante y depositario de la revelación, mientras que María ha sido objeto de varias interpretaciones, es representación de la Iglesia, pero también, en su individualidad, ejerciendo así una maternidad espiritual desde el cielo para todos los cristianos. Así la Madre puede reconocer en el discípulo amado que la revelación de Jesús es la culminación de su espera. Son la comunidad que vive de su Palabra.



La muerte de Jesús (19, 28-30).

Jesús tiene plena conciencia de estar cumpliendo la voluntad de Dios, lo vemos desde la última cena (13, 1.3) y al comienzo de la pasión (18, 4), sabe que está revelando al mundo el amor del Padre (14, 31). La insistencia en el cumplimiento de la Escritura es, por un lado, que el Hijo ha cumplido la voluntad del Padre, pero, por otro, supone la última actualización de la prueba del Siervo doliente. Los soldados responden al cumplimiento de la Escritura (Sal 69, 22). La exclamación de Jesús es manifestación de la sed física que experimentaba un crucificado, pero también podemos ver una lectura del Sal 63, 2 o relacionarlo con el episodio de la samaritana (4, 7). El agua que brotará de su costado saciará esa sed. Incluso, podemos apreciar el cumplimiento de 18, 11. La máxima expresión de una entrega voluntaria por parte de Jesús la encontramos en que no muere, no exhala... entrega el espíritu (cfr. 10, 17-18). Juan no especifica a quién entrega Jesús su espíritu, entendemos que, al Padre, pero podemos interpretar también que lo hace a los creyentes. En Juan, la muerte de Jesús es el triunfo del que, al morir, es consciente de haber cumplido su misión de manifestar el amor del Padre a la humanidad y sabe que vuelve a la gloria del Hijo que le pertenece.

Tras la muerte de Jesús (19, 31-37).

Juan se esfuerza en atestiguar la muerte. Los dirigentes judíos no solo quieren respetar el sábado y la pascua (15 Nisán), sino que también quieren retirar de la vista, cuanto antes, el titulum que el prefecto había mantenido. La lanzada no es un golpe de gracia, sino la corroboración de la muerte. Del lado derecho brota agua como lo hace en la profecía de Ezequiel 7, 38, en el hueco, meterá Tomás su mano para comprobar la identidad del Resucitado. «El que lo vio es testigo», solo puede referirse al discípulo amado que ha permanecido junto a la cruz (19, 26). Al igual que del costado de Adán, Dios crea a Eva; del costado de Jesús brota la vida de la Iglesia (cfr. 7, 37.39; 4, 14; 16, 7). Jesús es el verdadero cordero pascual al que la Ley prohíbe romper huesos (Ex 12, 46; Núm 9, 12; cfr. Jn 1, 29.36); es la liberación escatológica de Israel anunciada por Ez 19, 37 cfr. Zac 13, 1; 14, 8).

La sepultura (19, 38-42).

El sepelio se produce a prisa, pero Juan insiste en cumplir con el ritual judío como un último acto de honor hacia Jesús. Un personaje nuevo, que no ha aparecido en todo el NT, aparece en escena para solicitar a Pilato el cuerpo para enterrarlo en un sepulcro de su propiedad. José de Arimatea, discípulo en secreto. Podemos ver en Juan una crítica a los judíos que por miedo no confesaban su fe en Jesús, como Nicodemo (cap. 3) y que había impugnado la condena a muerte (7, 50-52). Se usa un sindón para amortajar a Jesús, da a entender que son varios: uno como mortaja, vendas para las manos y los pies, y el sudario para cubrir el rostro (cfr. 20, 3-9). Juan es el único que refiere el uso de aromas con una intención simbólica, más que aceites son especias que se hacen polvo para impregnar la síndone, ya que se creía que tenían efectos retardantes de la corrupción el cuerpo. Juan se esfuerza por precisar el emplazamiento del sepulcro (v. 41) y lo justifica en el último versículo del fragmento. El huerto es lugar plausible, pero también de valor simbólico, todo termina donde empezó la pasión, en un huerto, como el de Getsemaní. El lugar, cercano al de la crucifixión, se justifica por la premura de la pascua. La sepultura de Jesús, en Juan, se rodea de silencio, respeto, honor y paz. Un sepelio digno de un rey.

Pretexto

El amor de Cristo por nosotros hasta el extremo de entregar voluntariamente su vida es con lo que debemos quedarnos de esta pasión. ¿Soy capaz de corresponder a un amor así?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



“Identificarse con Jesús”

El relato de la pasión del señor nos adentra en el misterio de la persona de Cristo y de su acción salvadora. Su muerte representa el culmen de una vida entregada que finalmente se da hasta el extremo y, al mismo tiempo, en ella queda vencida definitivamente la fuerza del mal que nos esclaviza y aleja de Dios. No en vano, los relatos de la pasión constituyen el primer embrión de los evangelios y son expresión del contenido fundamental de la buena noticia. En palabras del propio Jesús, porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

La muerte de Jesús, lo mismo que su existencia, es uno de los hechos históricos mejor atestiguados de la antigüedad. Hasta los que no creen en él conocen la historia de su injusto y cruento final, reconocen el valor moral de sus acciones y de sus palabras y no ponen en duda de que se trata de uno de los personajes más influyentes en la humanidad. Los cristianos, además, celebramos su muerte redentora y nos identificamos con su persona especialmente en estos días de pasión. Escuchar juntos el relato de la pasión y meditar internamente mirando al crucificado con fe y gratitud constituye el núcleo de la celebración de este viernes santo. El recogimiento que casi de forma natural nos brota, no es tanto el del duelo que solemos hacer entre los humanos, sino el de la proximidad del misterio divino que se nos brinda para la contemplación. Nada que ver con un funeral. La imaginería religiosa y las tradiciones culturales de estos días puede que nos despisten sobre lo que celebramos. Al fin y al cabo, se centran en exhibir de forma plástica el hecho de la muerte y en provocar un sentimiento, que ciertamente nos identifica con Jesús y su sufrimiento, pero que de nada sirve si no suscita al mismo tiempo la fe ni infunde en nuestro ser la alegría de su gloria y de nuestra salvación.

El sufrimiento de Jesús tiene valor ante el Padre por su actitud reverente y de obediencia, no tanto por la intensidad de sus dolores físicos y morales. Se trata del sufrimiento consecuente de una vida entregada por amor. La entrega de la vida como expiación es la divisa del siervo de Yahvé, tal como hemos escuchado en la primera lectura. Algo que en la segunda, se ve acrecentado por la denominación de Jesús como ese sumo sacerdote que, por haber sido probado en todo, igual que nosotros, puede además compadecerse de nuestras flaquezas y debilidades. Todo parece orientarse a hacer realidad el deseo del propio Jesús cuando, justamente antes del relato de la pasión, ora al

Notas para la Homilía

Padre para pedirle que el amor que le tiene esté también en nosotros y él en nosotros. Visto de esta manera la celebración de hoy nos involucra en la lógica y el misterio de la vida entregada.

Según el enfoque que Juan da a su evangelio, la muerte de Jesús es cumplimiento, exaltación y glorificación. Cumplimiento, porque con su muerte, ha llevado a su consumación la obra de Dios en su propia persona. Está cumplido, son las últimas palabras de Jesús. Y la carta a los Hebreos lo interpreta diciendo que, llevado a la consumación se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna. Exaltación, porque es elevado a lo más alto precisamente clavado en la cruz. Todo el evangelio parece orientarse a este momento sublime. Una imagen que reproduce y supera aquella otra de Moisés levantando en alto el estandarte con la serpiente a fin de que todos los que la miraban, quedaran curados. Mirarán al que traspasaron, hemos escuchado. Algo parecido es lo que vamos a hacer nosotros al elevar la cruz en esta liturgia. Respondiendo a la invitación a mirar el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo, nos dejamos llenar de gozo y de amor. Glorificación, porque es precisamente en la cruz en donde Dios manifiesta su gloria, el lugar más cercano posible entre su santidad y nuestro pecado, la revelación fundamental del misterio de su ser. Por eso, a estos últimos capítulos del evangelio de san Juan les llamamos el libro de la gloria.

Finalmente, por su pasión, Jesús se convierte en fuente de salvación eterna por el don de su espíritu. La acción salvadora de Cristo permanece en el tiempo y llega a nosotros por medio de su espíritu. Cuando el relato habla de que, inclinando la cabeza, entregó el espíritu, más que indicar el instante de la expiración mortal, lo que nos está anunciando, cual pentecostés anticipado, es el don permanente de su espíritu.

Participar hoy en esta celebración es para nosotros la ocasión de identificarnos con ese Jesús que entrega su vida por amor, experimenta su muerte como cumplimiento, exaltación y glorificación, y se convierte en autor de salvación eterna por el don de su espíritu.

Emilio Aznar
emilio@dabar.es

Para reflexionar

Hay dos cuestiones en las que deberíamos de profundizar. Por una parte, la del carácter y naturaleza de la redención a partir de los hechos narrados por los evangelios y de su interpretación teológica. Y, por otra, la de pensar cuál es el contenido de la salvación que se nos ofrece y de si la precomprensión que tenemos de la misma conecta o no con nuestras necesidades.

Respecto a la primera, todos conocemos la insistencia con la que la teología cristiana y la predicación se han centrado en el sufrimiento de Cristo en la cruz como la razón última de la redención. En este caso la sangre no sería la expresión bíblica de la vida, cuanto la esencia de los sacrificios cruentos de la antigüedad. Lo que se transmite es que la redención acontece por la destrucción vicaria de la víctima y el valor reconocido a Cristo en su pasión, el de su enorme capacidad de sufrimiento. Además, la condición que Dios Padre impondría para concedernos su perdón, no sería otra que la muerte de su propio Hijo, una lógica que lleva a la blasfema afirmación de que Dios, para otorgarnos su perdón, quiere la muerte de Cristo, y no solo eso, sino que, la necesita.

Frente a esta deriva, no del todo desterrada de nuestra cultura teológica y popular, dos afirmaciones que nos reconcilian con este misterio. La primera, que, si bien es verdad que la pasión de Cristo no se da sin la penalidad del ajusticiado cruelmente, sin embargo, no reside ahí la naturaleza de la redención. Cristo nos salva con sufrimiento, pero no por el sufrimiento. La segunda, parte de la profunda convicción cristiana de que el Padre no quiere en absoluto la muerte de su Hijo y de que, en la pasión, Dios mismo la sufre. Lo que el Padre acepta como don es precisamente la vida de Jesús. Él es el que con su vida y su persona nos reconcilia con Dios y nos hace partícipes de la relación única que tiene con el Padre incluyéndonos a todos. Y como quiera que se trata de una relación de amor, desde hace mucho tiempo la teología y la espiritualidad hablan con toda propiedad de la redención como misterio de amor.

En relación con la segunda, se trataría de ensanchar el concepto de salvación, para no dejarlo reducido a la sola salvación de los pecados. En este caso, la teología piensa la salvación como en un triple orden. El primero sería el de la afirmación definitiva y valiosa de la

existencia humana en su propio ser y existencia. El segundo, el de la liberación de lo que al hombre le ha sobrevenido como anulación u ofensa por parte de la naturaleza, del prójimo o de su propio pecado (mal, sufrimiento, culpa, pecado, muerte, soledad, miseria, sin-sentido). El tercero es el del otorgamiento de una vida abierta a una realidad suprema que es buscada como anhelo de absoluto de vida y amor. Pues bien, la insistencia en Occidente sobre el segundo orden (aspectos morales, psicológicos y sociales) ha condicionado sobremanera nuestra forma de entender. Se ha comprendido la vida humana y la relación con Dios sobre todo como un quehacer moral. El pecado, la categoría principal y la redención del pecado como la única significación de la salvación. Frente a este nefasto reduccionismo, terminamos afirmando con Olegario González de Cardedal: "Hay salvación cuando el hombre tiene luz sobre su existencia, se sabe sano en su ser, defendido en su futuro, perdonado en su culpa, acogido en gracia por una benevolencia superior y no ordenado a la nada o a la degradación (La Entraña del cristianismo, 1997, pág. 3).

Para la oración

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas. Y ya que tanto amaste al mundo que entregaste a tu propio Hijo para que no se pierda ninguno de los que creen en él, concede a tus hijos la gracia de la vida nueva que nos llega por el misterio pascual de su muerte y resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; en él está nuestra salvación, vida y resurrección; él nos ha salvado y liberado.

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre.

Dios todopoderoso, rico en misericordia, que nos has renovado con la gloriosa muerte y resurrección de Jesucristo, no abandones la obra de tus manos para que nuestra vida, por la comunión en este misterio, se entregue con verdad a tu servicio y al de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Que tu bendición, Señor, descienda con abundancia sobre este pueblo, que ha celebrado la muerte de tu Hijo con la esperanza puesta en su resurrección; danos tu perdón y tu consuelo para que se acreciente nuestra fe y nos hagamos partícipes de tu misma vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.



Cantos

Entrada: en total silencio.

Salmo: LdS; A tus manos, Señor, mi Dios (Erdozáin); Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu Montgomery; Rivera o Garría Pérez).

Aclamación antes de la Pasión: Cristo por nosotros (Palazón); Cristo, por nosotros se sometió (Alcalde).

Lectura de la Pasión: Se pueden intercalar aclamaciones, como el día de Ramos.

Adoración de la Cruz: Mirad el árbol de la cruz (Reza o Misal); Victoria, tu reinarás; Perdona a tu pueblo; Amante Jesús mío; A la hora de nona (Erdozáin, 1CLN-155); Tu reino es vida (Manzano); Tu cruz adoramos (Palazón); Improperios (Aragüés); Te adoramos, Señor, y te bendecimos (Madurga); Pueblo mío (Palazón).

Comunión: Cerca de Ti, Señor; Acerquémonos todos al altar (1CLN-O 24); Delante de Ti, Señor, mi Dios (Erdozáin); Oh Señor, delante de Ti (Erdozáin); Eloí, Eloí (Erdozain); Victoria, tú reinarás (Julien).

Final: en silencio

La misa de hoy

Monición de entrada

Celebramos hoy la gloriosa pasión de nuestro Señor Jesucristo. La cruz es hoy el signo del inmenso amor con el que se entrega por nosotros y por nuestra salvación. Su confianza en el Padre vence a la muerte con el poder de Dios. El triunfo de Cristo es también el nuestro. Elevemos nuestra mirada para encontrarnos hoy especialmente con la cruz de la salvación.

Monición a la Primera lectura

El poema del siervo de Yahvé encuentra en el dolor un sentido positivo: el del valor redentor del sufrimiento del inocente que entrega su vida por los demás. El siervo que justifica a muchos cargando con las maldades y pecados de los hombres.

Salmo Responsorial (Sal 30)

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos; me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Pero yo confío en ti, Señor, te digo: «Tú eres mi Dios». En tu mano están mis azares; líbrame de los enemigos que me persiguen.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,

sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Monición a la Segunda Lectura

La carta a los Hebreos profundiza en las actitudes de Jesús ante la proximidad de su pasión y muerte. En una clara evocación de la oración en el huerto, el texto da cuenta de cómo la lucha interna que Jesús mantiene en relación con su dramático final se convierte en confianza y obediencia.

Monición a la Lectura Evangélica

La pasión según el cuarto evangelio nos presenta a un Jesús que, sabiendo todo lo que se le viene encima, mantiene una actitud firme y confiada. Se trata del momento culminante de su vida entregada. Es su hora. Él así lo vive y el evangelista así lo cuenta, quedando patente la superioridad de la figura de Jesús como juez y como rey frente al resto de los personajes. La cruz es el trono elevado desde el que Jesús nos muestra su gloria y desde donde ofrece su salvación a todos.

Oración de los fieles

Confiados en el amor con el que Dios se nos ha entregado en Cristo, presentamos nuestra oración por todos los hombres.

- Por la Iglesia de Jesucristo, para que el Señor le de la paz, la mantenga en la unidad y la proteja en toda la tierra.

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Señor misericordioso, cuida de tu Iglesia para que, dando testimonio del evangelio, persevere en la confesión de tu nombre. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

- Por el papa, los obispos, presbíteros, diáconos y todo el pueblo de Dios.

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Dios todopoderoso, escucha la oración que te dirigimos por todos y cada uno de los miembros de la Iglesia, para que, con la ayuda de tu gracia, cada uno te sirva fielmente en la vocación a la que le has llamado. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

- Oremos también por la unidad de los cristianos.

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Señor misericordioso, mira con amor a todos los cristianos, para que la integridad de una misma fe y la práctica de la caridad congregue en una sola iglesia a los que ha unido un mismo bautismo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

- Oremos por quienes no creen en Cristo y por los que no tienen fe

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Dios todopoderoso, concédeles que, por la rectitud y sinceridad de su vida, lleguen al conocimiento de la verdad y encuentren el camino de la salvación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

- Oremos ahora por los que gobiernan los pueblos y las naciones

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Dios todopoderoso y eterno, que tienes en tus manos el destino de los hombres y los derechos de los pueblos, asiste a los gobernantes para que se logre la paz, el desarrollo y la libertad de todos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

- Oremos finalmente por los que sufren, los enfermos, los hambrientos, los perseguidos, los migrantes y los desterrados.

Oración en silencio: prosigue el celebrante:

Señor misericordioso, consuelo de los que lloran y esperanza de los que sufren, llegue hasta ti la oración de tus hijos que sufren, para que en sus adversidades sientan la fuerza de tu amor. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén

Despedida

Dichosos nosotros que acabamos de participar en la celebración del misterio pascual de Cristo. Su muerte gloriosa nos emplaza expectantes ante el misterio de su gloriosa resurrección. Nos volveremos a reunir mañana para la celebración de la Vigilia Pascual, recordando que, para nosotros, el sábado no es un día de luto, sino de recogimiento y oración confiada. En Cristo está nuestra salvación, vida y resurrección; él nos ha salvado y liberado.



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Viernes santo, 3 abril 2026, Año LII, Ciclo A

ISAÍAS 52,13-53,12

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?, ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados, y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación; verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

HEBREOS 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente. Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

PASIÓN SEGÚN SAN JUAN 18,1-19, 42

C. En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de



los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

†. «¿A quién buscáis?»

C. Le contestaron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Les dijo Jesús:

†. «Yo soy».

C. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

†. «¿A quién buscáis?»

C. Ellos dijeron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Jesús contestó:

†. «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos».

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

†. «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?»

C. La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro:

S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?»

C. Él dijo:

S. «No lo soy».

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó:

†. «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo».

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?»

C. Jesús respondió:

†. «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?»

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron:

S. «¿No eres tú también de sus discípulos?»

C. Él lo negó, diciendo:

S. «No lo soy.»

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:



S. «¿No te he visto yo con él en el huerto?»

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?»

C. Le contestaron:

S. «Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley».

C. Los judíos le dijeron:

S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie».

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Jesús le contestó:

†. «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

C. Pilato replicó:

S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mi; ¿qué has hecho?»

C. Jesús le contestó:

†. «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

C. Pilato le dijo:

S. «Conque, ¿tú eres rey?»

C. Jesús le contestó:

†. «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le dijo:

S. «Y, ¿qué es la verdad?»

C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo:

S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?»

C. Volvieron a gritar:

S. «A ese no, a Barrabás».

C. El tal Barrabás era un bandido. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. «¡Salve, rey de los judíos!»

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. «Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa».

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. «Aquí lo tenéis».

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!»



C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él».

C. Los judíos le contestaron:

S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios».

C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asusto aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús:

S. «¿De dónde eres tú?»

C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo:

S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?»

C. Jesús le contestó:

†. «No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor».

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. «Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César».

C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:

S. «Aquí tenéis a vuestro rey».

C. Ellos gritaron:

S. «¡Fuera, fuera; crucificalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?»

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. «No tenemos más rey que al César».

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. «No escribas: “El rey de los judíos”, sino: “Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo escrito, escrito está».

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. «No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca».

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:

†. «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Luego, dijo al discípulo:



‡. «Ahí tienes a tu madre».

C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

‡. «Tengo sed».

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

‡. «Está cumplido».

C. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron». Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

